

OTRAS RAZONES

LA GRAN CORRUPCIÓN

Hoy parece imposible distinguir unos pueblos de otros por sus costumbres y pasiones nacionales, como hacían otros siglos. La homogeneidad que impone a todas las naciones una misma manera de consumir, producir y recrearse, las revistas del idéntico uniforme. Sin desnudarlas de sus hábitos, sin palpar sus íntimas reacciones a estímulos iguales, sin llegar hasta el fondo de sus disimulados corazones, no sabremos si alguna nota personal distingue todavía a unas naciones de otras. Las pasiones que brotan en el mundo de la producción, el consumo, el arte, el ocio y la política son las mismas en toda Europa occidental. Y, sin embargo, cuando cruzamos la frontera del idioma propio nos topamos con gesticulaciones y vivencias distintas. Viviendo con foráneos afines, o viajando por países culturalmente hermanados, pronto nos damos cuenta de que, siendo similares sus pasiones, son otras las emociones que las hacen nacer, otros los gestos y conductas que las manifiestan y otros los sentimientos que las siguen.

El crimen político permite comparar las pasiones que engendra en pueblos de distintas raíces culturales, porque en ninguno es una rareza que los pueda sorprender. La indomable pasión gobernante de corromperse, inherente al Estado de partidos, no produce en el pueblo pasiones de estupefacta admiración, ni deja atónitas de asombro a las clases gobernadas. Quienes saben de sobra lo que pasa en los incontrolados círculos que controlan los negocios del Estado. No les extraña la degeneración de los gobiernos generados por la oligarquía de partidos, a la que están acostumbradas, pero les choca el insólito atrevimiento de los jueces y periódicos que la persiguen o denuncian. La pasión de corromperse, y su hermana gemela, la arrogante pasión de impunidad, son las mismas en los partidos gobernantes de la Europa latina. Pero la actitud de los gobernados, que se escandalizan con la divulgación de una más que presunta corrupción, ha sido distinta en países católicos que se consideran, sin serlo, moralmente iguales. Durante años, mientras que el delito político circulaba de boca a oreja, como rumor de una certeza que no aflora, nadie se estremecía con los seguros crímenes de poder. Y tan pronto como el escándalo se unió al crimen, la corrupción se hizo, de distintas maneras, intolerable.

No ha sido, pues, la corrupción, sino el gran escándalo de verse pregonada, lo que ha levantado marejadas de indignada protesta contra la clase política y los dirigentes de partidos socialistas en concreto. En la pasión de hipocresía que subyace y alimenta los fenómenos de escándalo social no hay divergencias entre las naciones de una misma área cultural. Pero las diferencias llegan a ser notables en la naturaleza del impacto mental que precede al escándalo moral, en la intensidad dramática de los gestos que lo traducen y en la extensión de los sentimientos de frustración que

deja. En tales aspectos, menos observados, es donde Italia, Francia y España han patentizado sus diferencias de talento y de talento nacional. Sólo los italianos recibieron el impacto mental adecuado a la insolente

provocación del sistema de partidos. Y aunque erraron en la fórmula, quisieron cambiarlo seriamente por una democracia moderna, con separación real de poderes. Como su gesticulación fue mayor, su estado de frustración es más extenso.

En Francia, su conocida vanidad de claridad cartesiana extendió las sombras de la noche sobre los campos Elíseos, para que el cinismo gobernante pudiera doblegar, cual Júpiter a la pudorosa Io, la hipocresía gobernada. Allí no hay frustración porque no hubo esperanza. En España, sin ideales, ideas, justicia ni valor, el imperio de los medios montó al cinismo gobernante sobre una inopinada pasión nacional de corromperse: la Gran Corrupción, la de los votantes del crimen o de su perdón. Y esa ha sido nuestra nueva y admirable diferencia pasional.

Antonio GARCÍA TREVIANO

EL CUADERNO DE AZNAR

El espía J.B. sueña cada noche con los honores que recibiría en su secreta y reducida comunidad por haberse infiltrado en el Palacio de la Moncloa y echado un vistazo rápido al cuadernillo de tapas azules en el que José María Aznar dice tener anotados los nombres y las novedades de su futuro Gobierno.

Saber qué ministros cambiarán al comienzo de la legislatura es la incógnita que más dudas plantea y la que hace correr mayor número de rumores, pero será en las segundas filas donde más se moverán las cosas. Llegan en este sentido hasta Juan Bravo noticias de que, al menos en el Ministerio del Interior, sí se producirán cambios signi-

ficativos y que Martí Fluxá, uno de los más inmediatos colaboradores de Jaime Mayor Oreja, saldrá del Ministerio para ocupar una embajada de primera fila, la de París.

Los amigos de J.B. dan por seguro su nombramiento y dicen que incluso puede haberse ya despedido de algunos amigos y colaboradores. En el cuaderno de tapas azules de Aznar, junto al nombre de Martí Fluxá, deberán estar anotadas su condición de diplomático y los excelentes lazos que ha tendido a lo largo de estos cuatro años de colaboración antiterrorista con las autoridades francesas.

Juan BRAVO

LA IGLESIA: ¿CONTRICCIÓN O REAFIRMACIÓN?

La Iglesia católica por boca de su Pontífice Woytila, revestido del color morado penitencial y con la teatralidad a que dicho Pontífice nos tiene acostumbrados, pide solemnemente perdón por los pecados de la Iglesia. Brota el suspense; ¿se ha percatado el actual Papa, por fin, del modo en que bajo su dirección la Iglesia se está volviendo de espaldas a las necesidades y esperanzas del mundo actual? ¿De buena parte, incluso, de sus mismos fieles? No es éste, desgraciadamente el caso. Ya el título del documento en que se basa la intervención papal es significativo: «Memoria y reconciliación. La Iglesia y los errores del pasado». No los del presente. No se trata de una confesión propia de Woytila, sino de hacer que sus predecesores, sin posibilidad de réplica, se confiesen por sus labios. Y entonces el acto, en lugar de ser una autocritica se convierte bajo la capa de una apariencia de humilde objetividad y encuentro de la verdad en orgullosa autoafirmación. Y ello resulta mucho más grave que el carácter incompleto o insuficiente de la confesión en que numerosos comentaristas han centrado sus insatisfacciones críticas.

Al refugio en el pasado remoto —como



ocurre cuando se habla de las cruzadas medievales y no de la que con tal nombre derribó a la II República Española— se añade la vaguedad retórica de ciertas confesiones. Por ejemplo se lamenta la discriminación de la mujer.

Pero no se alude a su posibilidad de acceder a la ordenación sacerdotal y a la jerarquía eclesiástica, cual está ocurriendo en otras iglesias cristianas. Y, en un ámbito más amplio, más allá de los muros de la Iglesia católica, se niega a la mujer el derecho a disponer de su propio cuerpo no sólo a las que son miembros de la Iglesia, sino también a las ajenas a su disciplina, en una condena del aborto, que llega a lamentar no haber defendido con bastante energía los derechos de los «no nacidos», prosiguiendo la falacia que confunde el embrión con la persona humana. Y ¿no sería adecuado condenar la violencia y los atentados sangrientos de los grupos antiabortistas en varios países?

La ceguera con que el actual Pontífice enfoca los gravísimos problemas que en el día de hoy representan el exagerado crecimiento demográfico del Tercer Mundo y la difusión del sida, combatiendo, retrógradamente, el uso de los anticonceptivos raya en lo que podría ser considerado como un crimen contra la humanidad. Del cual quizá habrán de confesarse futuros Papas en siglos venideros.

La misma nebulosidad retórica encontramos cuando se lamenta no haber defendido suficiente a los pobres y los pueblos oprimidos. Woytila ha denunciado en anteriores ocasiones los abusos del capitalismo e incluso su misma estructura. Pero ello no le ha impedido condenar la teología de la liberación especialmente sensible a estos problemas, movilizadora de tantos creyentes en el Evangelio y en la justicia. Ni por supuesto combatir los intentos de crear alternativas al régimen capitalista, alineándose en la guerra fría contra los países socialistas, y maniobrando con la CIA —como ya se ha podido documentar— para impulsar una caída, que ha sumido a millones de mujeres y hombres en el caos y la miseria. En esta línea podríamos recordar el despectivo modo en que Woytila se negó a orar por los mártires de la revolución cuando las madres de éstos, en su mayoría profundamente creyentes, se lo pidieron en Nicaragua, al terminar la solemne misa de su despedida.

Aún podríamos apuntar otros problemas en que la revisión de los códigos morales y las actitudes de la Iglesia debería producirse, si quiere asumir el desarrollo con que el mundo actual, abre perspectivas de mayor felicidad y libre realización para los seres humanos, despendiéndose de atavismos que han discriminado y hecho sufrir a tantas mujeres y hombres, como es el caso de la homosexualidad. Desgraciadamente aquello que presenciamos no es una apertura sino un encastillamiento, que no sólo a quienes están dentro de la Iglesia, sino también los que habitamos extramuros de ella, hemos de lamentar, pensando en el papel positivo que podría aportar al mundo actual una Iglesia renovada verdaderamente.

Carlos PARÍS

